

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Paulette Dieterlen, *Marxismo analítico*, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, México, 1995.

I

La obra que hoy presentamos tiene el mérito, entre otros, de poner a sus lectores en relación con un marxismo poco frecuentado en nuestros medios filosóficos y desconocido casi por completo fuera de ellos. Se trata de un marxismo que procede de los países anglosajones y cuya acta de nacimiento lo fecha la autora en 1978, año en el que aparece *La filosofía de la historia de Karl Marx*, de Gerald Cohen. Para evitar equívocos, convendría recordar que en la expresión “marxismo analítico”, el sustantivo es “marxismo”, y el adjetivo, “analítico”. Y convendría señalar también que este marxismo no surge tanto de la extensión de la filosofía analítica a los problemas que suelen inquietar a los marxistas, como del intento de abordarlos con el instrumental teórico con el que la filosofía analítica rinde culto al rigor y la claridad.

Ahora bien, este marxismo que también comparte ese culto no deja de presentar ciertas peculiaridades que sí, por un lado, lo enriquecen, por otro lo empobrecen; riqueza y pobreza determinadas, a su vez, por el lugar o peso que —como otras variantes del marxismo: humanista abstracta, cientificista, teoricista o praxeológica— reconoce uno y otro de sus aspectos fundamentales. Y,

entre otros aspectos, están los propios del marxismo como proyecto de emancipación, crítica y conocimiento de lo existente, y vinculación con la práctica necesaria para transformar la realidad. Ahora bien, teniendo presentes esos aspectos fundamentales, ¿dónde situar el marxismo analítico? Aunque su atención se concentra —como nos dice Paulette Dieterlen— en problemas teóricos desvinculados de la práctica política, esos problemas no son ajenos al marxismo.

Bastaría recordar que los marxistas analíticos se han interesado por los problemas económicos, y, particularmente, por el de la explotación —crucial para Marx. Se han interesado igualmente por los problemas que plantea la concepción de la historia que arranca de la relación entre fuerzas productivas y relaciones de producción. Y no han permanecido sordos a los problemas morales relacionados con “la justicia o injusticia del capitalismo”. Pero tampoco son ajenos al marxismo los problemas metodológicos o epistemológicos, tan caros a los filósofos analíticos, y entre ellos el de las relaciones entre explicaciones funcionales e intencionales que constituyen el objeto central del libro que presentamos.

Pero hay que reconocer también —como reconoce la autora— que, de este marxismo que utiliza una “herramienta conceptual ajena”, están ausentes los problemas que plantea la práctica políti-

ca encaminada a la transformación de lo real, como son los problemas de las condiciones necesarias de esa práctica, de la naturaleza del sujeto de ella, de sus formas organizativas, de los medios de que dispone, de las vías posibles que ha de recorrer, etc. No es casual que el marxismo analítico se haya recluso en los recintos académicos y que, independientemente de sus logros teóricos, no se haga presente extramuros de la Academia, y no prenda en las fuerzas políticas y sociales que aspiran a un cambio social. Se trata de una filosofía que, como otras compañeras suyas de aulas y cubículos, se limitan a interpretar el mundo, recurriendo a —y renovando— categorías marxistas tan arraigadas como la de explotación. Ciertamente, el empeño en interpretar el mundo con una mayor dosis de rigor y claridad no deja de ser legítimo. Ya Marx, que no hacía concesiones en este terreno, lejos de excluir la interpretación fundada, el conocimiento, lo consideraba medio o condición indispensable para fundar racional y no ilusoriamente la práctica o transformación efectiva de la realidad. El marxismo analítico, desde esta óptica, sería, por tanto, legítimo, necesario, pero —a la vez— unilateral e insuficiente.

II

Dentro de esta caracterización y apreciación general, que permite situar en el lugar adecuado el marxismo analítico, tomando en cuenta los aspectos fundamentales de la teoría marxista antes señalados, cabe situar y, —a la vez— se puede comprender su tarea, y particularmente la de Gerald Cohen, de “reconstruir”, o, más exactamente, interpretar la concepción de la historia de Marx, y, dentro de ella, el papel de las explicaciones funcionales e intencionales. Ambas

cuestiones: la explicación de la historia, o materialismo histórico, y la naturaleza epistemológica de esa explicación, no pueden separarse, pues la teoría de la historia que se ofrece, particularmente en la interpretación de Cohen, se halla vinculada con dicha naturaleza de las explicaciones y, especialmente, a las funcionales e intencionales. Sin embargo, cabe distinguir, sin pasar por alto las vinculaciones mencionadas, dos tipos de problemas: el sustantivo de *¿qué es la historia?*, y el epistemológico de *¿cómo conocemos lo que la historia es?*; o sea: el de la naturaleza de las explicaciones que permiten conocer la historia. Estas dos cuestiones —la sustantiva y la epistemológica— se abordan en el libro que presentamos, aunque la atención de la autora se concentra sobre todo —desde el subtítulo mismo de la obra— en la segunda cuestión. Y aborda ésta confrontando las posiciones de tres destacados y representativos marxistas analíticos: Cohen, Elster y Van Parijs. Cohen le da mayor importancia a las explicaciones funcionales; Elster, a las intencionales y Van Parijs, aunque se inclina por las funcionales, propone introducir un mecanismo causal, sin el cual —como dice Elster— no cabe hablar propiamente de explicación funcional.

Cada una de las posiciones mencionadas, así como las críticas a que da lugar, se exponen en el libro, sin escatimarles espacio y con objetividad y lucidez. Pero la autora no se limita a exponerlas asépticamente: después de justipreciar las aportaciones y limitaciones de cada una de ellas, se involucra en la polémica. Refiriéndose especialmente a Cohen, que explica la estructura económica, la supraestructura ideológica y política, así como la lucha de clases por la función que cumplen, Paulette Dieterlen sostiene

ne acertadamente que esto no tiene por qué excluir la tesis de que los individuos, consciente o intencionalmente, pueden asumir o cambiar las relaciones de producción que cumplen la función de impulsar o frenar las fuerzas productivas. Cabe sostener también que, para que esas relaciones cumplan su función propia, no es necesario que los agentes las asuman conscientemente. Pueden cumplirlas, y la historia real lo demuestra, independientemente de la conciencia e intención de los agentes, aunque también es cierto que, en las condiciones creadas por el desarrollo capitalista, sus relaciones de producción no pueden ser cambiadas sin esa conciencia y la acción correspondiente. Así pues, aunque las relaciones de producción existan objetivamente, los agentes pueden entrar en una relación con ellas que —como señala justamente Paulette Dieterlen— varía históricamente: desde la ignorancia de su función hasta la comprensión de ésta, que impulsa a transformarlas, en particular a las relaciones de propiedad. A su vez, esta percepción de la función de las relaciones de producción pasa por la ideología de los agentes, y de ahí la importancia de un cambio de creencias para el cambio de esas relaciones.

Tenemos, pues, tres posiciones con respecto a la dicotomía entre explicaciones funcionales —explicaciones intencionales, que dan el lugar prioritario a uno de los términos: Cohen, a las funcionales; Elster, a las intencionales, y Van Parijs, a las funcionales, pero sólo si se legitiman con un mecanismo causal.

Con respecto a las explicaciones funcionales, Paulette Dieterlen reclama —como ya hemos apuntado— la necesidad de incorporar en ellas la intención de los agentes, y, de este modo, hacer compatible los dos tipos de explicación.

Con este motivo, nos ofrece un esquema propio que tiene como pivote la diferente relación —ya mencionada— de los agentes, y, en particular, de la clase obrera, con las relaciones de producción. Con su esquema, Paulette Dieterlen plantea asimismo el carácter —benéfico o no— de dichas relaciones para uno de sus agentes: el proletariado. La cuestión tiene que plantearse en distintos tiempos. Históricamente, serían beneficiosas al promover o estimular el desarrollo de las fuerzas productivas, ya que con ello sientan las bases materiales de su propia destrucción, y, por tanto, de las condiciones de explotación y enajenación para el obrero. Pero, cabe agregar que también serían beneficiosas si se convierten en trabas para el desarrollo de las fuerzas productivas, ya que, al entrar en contradicción con ellas, hacen necesario y posible el cambio histórico que ha de beneficiar al proletariado. Por todo esto, el esquema de Paulette Dieterlen, siendo acertado, tiene que tomar en cuenta el plano existencial del obrero que se mantiene en distintos tiempos mientras exista el capitalismo. Ciertamente, este sistema —cualesquiera que sean sus méritos históricos—, que Marx no sólo no regatea, sino que incluso exalta en el *Manifiesto*, por su naturaleza misma, como sistema de explotación y enajenación, se halla en abierta contradicción con una existencia digna, libre, propiamente humana, del obrero.

Con su esquema, Paulette Dieterlen aborda también otra importante cuestión: ¿el impulso o freno de las fuerzas productivas pasa necesariamente por la conciencia del proletariado? Históricamente, se ha visto que no. El impetuoso desarrollo de las fuerzas productivas, bajo el capitalismo, se ha dado a espaldas de ella, aunque no de su trabajo. Lo que

sí pasa necesariamente por su "conciencia de clase" es la comprensión —que Marx le aporta— de que la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción, exige y hace necesaria la transformación de estas relaciones. Como dice claramente Paulette Dieterlen, los hombres se encuentran en ciertas relaciones de producción, *ajenos a su voluntad*, pero el cambio de ellas *no es ajeno* a esta voluntad y a su conciencia. De lo cual se desprende forzosamente que el socialismo no es inevitable.

En suma: la retroalimentación de las relaciones de producción sobre las fuerzas productivas no pasa necesariamente por la conciencia y la acción de los agentes —al menos, en las fases precapitalistas y capitalista temprana—, ni tampoco la conciencia que el agente —el proletariado— quiere de esa retroalimentación altera la situación con que se encuentra en esas relaciones. Lo que sí pasa forzosamente por la conciencia y la voluntad del agente proletario, en las condiciones del capitalismo maduro y tardío, es la comprensión de la necesidad y posibilidad del cambio que ha de impulsarlo a la acción consciente y organizada correspondiente. De aquí el papel de los factores subjetivos, y particularmente del mecanismo intencional, desechando la falsa conciencia. Papel, por tanto, como subraya Paulette Dieterlen de la adquisición, por parte de los obreros, de la verdadera naturaleza de las relaciones de producción (del salario, del excedente de capital) y de la necesidad de actuar, conforme a esas creencias, para cambiar las relaciones de producción. A esta unidad de los aspectos objetivos y subjetivos de este cambio histórico, corresponde la conjunción de las explicaciones funcionales de las relaciones de producción en que se encuen-

tran objetivamente los agentes, y de las intencionales que explican el mecanismo consciente, indispensable, para transformarlas.

III

En el tratamiento de las explicaciones funcionales e intencionales, que constituyen el meollo del libro, se pone de manifiesto, explícita o implícitamente, cierta concepción marxiana de la historia. O, más exactamente: la interpretación que de la filosofía de la historia de Marx ofrece el marxista analítico Gerald Cohen. El texto marxiano que tiene a la vista esta interpretación es el *Prólogo a la contribución a la crítica de la economía política*, conocido como el *Prefacio de 1859*. En este texto conciso, importantísimo y archicitado, Marx nos trae un cuadro de la estructura social con sus tres componentes: fuerzas productivas, relaciones de producción —que constituyen la base económica— y supraestructura política e ideológica, que se levanta sobre esta base. El *Prefacio* nos ofrece también una concepción del cambio histórico —social, como tránsito de un modo de producción a otro, al entrar en contradicción las fuerzas productivas, con su tendencia a incrementarse, y las relaciones de producción, que corresponden o se ajustan a ellas.

En el libro de Paulette Dieterlen se expone claramente la interpretación de Cohen de la teoría de la historia de Marx como un determinismo tecnológico, dada la primacía explicativa de las fuerzas productivas con respecto a las relaciones de producción, aunque aquéllas no forman parte de éstas. Primacía en cuanto que no podemos entender las relaciones de producción sin las fuerzas productivas que las determinan. Pero, cabe agregar que tampoco podríamos entender és-

tas —su estancamiento o desarrollo— por sí mismas, sino por las relaciones de producción que las frenan o desarrollan. Por esta razón, no se puede sostener la tesis del determinismo tecnológico. Respecto a esto, Paulette Dieterlen transcribe —haciéndolo suyo— este cuestionamiento de Van Parijs: “¿Cómo es posible afirmar que hay una primacía explicativa de las fuerzas productivas sobre las relaciones de producción y reconocer al mismo tiempo que el desarrollo de las fuerzas productivas depende causalmente de la forma que adoptan las relaciones de producción?” Podía explicarse —piensa Cohen— si se recurre a las explicaciones funcionales, pero a mi modo de ver éstas sólo explicarían la adaptación de las relaciones de producción a las fuerzas productivas, pero no su papel activo —como freno o impulso de dichas fuerzas. Se comprende, por ello, que Paulette Dieterlen sienta la necesidad de incorporar la conciencia y la voluntad de los agentes en el freno o desarrollo de las fuerzas productivas. Y, sobre todo, cuando se trata de cambiar las relaciones de producción. Pero esto significa que el proceso histórico no se reduce a la relación económica entre fuerzas productivas y relaciones de producción, sino que adopta la forma política de la *lucha de clases*.

Veamos ahora la interpretación de la teoría de la historia que sostiene Cohen, y a la que se remite el libro que comentamos. Se trata de una interpretación que se apoya —pretendiendo ser fiel, y en verdad lo es— en el *Prefacio de 1859*, de Marx. En él Cohen destaca las siguientes tesis: 1) hay una tendencia universal al creciente desarrollo de las fuerzas productivas; 2) las relaciones de producción cumplen la función de adaptarse y promover ese desarrollo;

3) estas relaciones pueden convertirse también en una traba, surgiendo así una contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción; 4) la contradicción exige un cambio histórico o revolución para establecer nuevas relaciones de producción que permitan el desarrollo creciente de las fuerzas productivas; y 5) semejante contradicción y la solución correspondiente dan lugar, históricamente, a cinco tipos de sociedades (comunidad primitiva, esclavismo, feudalismo, capitalismo y socialismo) como fases necesarias y progresivas del desarrollo histórico-social de la humanidad.

Esta concepción de la historia es, en primer lugar, *determinista* en cuanto que las fuerzas productivas, al determinar las relaciones de producción, y a su vez la contradicción entre ellas y las relaciones de producción, determinan el proceso histórico y, por tanto, el socialismo como solución inevitable. Asimismo es *unilineal* dado que el desarrollo histórico recorre necesariamente un mismo curso, del que son fases insoslayables las cinco sociedades mencionadas, sin que quepa saltar por encima de una u otra. Y, en tercer lugar, es una concepción *teleológica* en cuanto que se trata de un proceso progresivo, ascensional, orientado hacia un fin o sociedad superior.

Ciertamente, esta concepción de la historia es la que se desprende de la lectura del texto citado de Marx, de 1859. Ahora bien, el pensamiento de Marx no forma un sistema o bloque de ideas sin fisuras ni contradicciones, justamente porque es un pensamiento en movimiento, atento al pulso de lo real, y, por tanto, abierto, vivo e incluso contradictorio. Si dejamos de concentrarnos exclusivamente en el *Prefacio* citado, y atendemos otros textos suyos, veremos que es el propio Marx quien pone en cuestión

esta concepción determinista, unilineal y teleológica de la historia. Pienso en un texto como *La ideología alemana*, que Paulette Dieterlen como vimos ha tenido en cuenta, y en otros trabajos muy posteriores como sus escritos sobre Irlanda y su correspondencia con los populistas rusos. No me detendré en ellos, pero sí en las tesis que se desprenden de su lectura y permiten delinear una concepción de la historia a la que no se le podrían atribuir los rasgos determinista, unilineal y teleológico para los que sólo tiene ojos Cohen. Son, por otra parte los rasgos dominantes en la concepción de la historia del marxismo tradicional y, en forma simplista e ideologizada, en la vulgata soviética.

El primero de los rasgos citados es el que está en la base del determinismo económico o tecnológico: o sea, en la universalización de la tendencia al desarrollo de las fuerzas productivas, que Cohen explica recurriendo a una universal "naturaleza humana". Ahora bien, como puede verse en los textos de Marx antes citados, y, en cierto modo también, en el *Manifiesto comunista* y *El capital*, esa tendencia al desarrollo incesante de las fuerzas productivas no es una característica universal, supuestamente inscrita en la "naturaleza humana" de todas las sociedades, sino una característica peculiar y propia de un sistema social, históricamente dado: el capitalismo. En otras sociedades como las orientales, por ejemplo, "la petrificación —dice Marx literalmente— ha sido la regla más que la excepción". El segundo rasgo mencionado: el carácter unilineal del desarrollo histórico, queda desmentido por el propio Marx, sobre todo en su correspondencia con los populistas rusos, al admitir —dadas las peculiaridades históricas y sociales de

Rusia, impuestas por la comuna rural (*mir*)— la posibilidad de transitar a una sociedad superior, comunista, ahorrándose "las peripecias del capitalista". Finalmente el rasgo teleológico de la historia —heredado de Hegel— al suponerla en marcha ascendente, progresiva e inevitable hacia un fin, o sociedad superior, ya había sido rechazado por Marx en su juventud (en *La Sagrada Familia*) al afirmar que "la historia no hace nada", que es "el hombre real y viviente, quien hace todo", y que "la historia no es más que la actividad del hombre que persigue sus fines". Pero Marx no sólo rechaza esta teleología objetiva de la historia, sino también la subjetiva vinculada a la acción de los hombres, cuando admite en el *Manifiesto* la posibilidad de que el desenlace de la lucha de clases sea el hundimiento de las clases antagónicas, o también cuando admite que la alternativa al capitalismo puede ser no el socialismo, sino la barbarie. Hay, pues, en este otro Marx, un rechazo del determinismo, unilinealismo y teleologismo, que invalidaría la interpretación de la teoría de la historia de Marx que nos ofrece el marxista analítico Cohen, interpretación que no es cuestionada en el libro que presentamos. Y a esa interpretación se llega porque los ojos se han puesto exclusivamente en un texto marxiano: el *Prefacio de 1859*. Y, ciertamente, esa interpretación que se desprende —justo es reconocerlo— de ese texto, es la que Marx rechaza explícitamente al aclarar su pensamiento al respecto y escribir en su carta, de noviembre de 1877, a la redacción de la revista rusa, *Otechestvienni Zapiski* ("apuntes patrios") que era "honrarlo e injurarlo demasiado, a la vez transformar su esbozo de la génesis del capitalismo en una teoría filosófica de la historia de la marcha general

fatalmente impuesta a todos los pueblos, cualquiera que sea la situación histórica en que se encuentren”.

Ahora bien, justo es reconocer que lo que no barrunta Cohen, al aferrarse al *Prefacio de 1859*, lo sospecha Paulette Dieterlen en su libro al asomarse al tratamiento de los modos de producción precapitalistas en *La ideología alemana* y los *Grundrisse*. Paulette Dieterlen advierte que, en ellos, la atención de Marx no se concentra en las fuerzas productivas, sino en las formas de propiedad precapitalistas (oriental, griega, romana o germana) y señala con agudeza que “los cambios de propiedad no se explican por el desarrollo de las fuerzas productivas, sino por la forma del intercambio”. Y agrega lúcidamente: “Podemos concluir que en esta parte de la obra (o sea: en los *Grundrisse*), la tesis del desarrollo tecnológico no es tan clara como la que brinda cuando describe la dinámica del modo de producción capitalista.” Ciertamente, lo que encontramos en esta dinámica no corresponde a una ley histórica universal, sino a la ley particular del modo de producción capitalista. Es decir: al desarrollo creciente de las fuerzas productivas (como fin en sí mismo, o producción por la producción) y a las relaciones de producción como medio para impulsar ese desarrollo, constituyendo ambas, al entrar en contradicción, la condición necesaria, aunque insuficiente, para el cambio o instauración de las nuevas relaciones de producción.

La autora ha sospechado, pues, que lo que está claro para el capitalismo (como ley o característica particular y exclusiva), no lo está como ley universal cuando se trata de las relaciones de producción —o formas de propiedad— precapitalistas. Pero, esta sospecha se convierte en certidumbre cuando agrega: “Es en la

génesis, en la consolidación y en las predicciones sobre el capitalismo, donde encontramos la tesis marxista de la primacía explicativa de las fuerzas productivas sobre las relaciones de producción.”

Para terminar, quisiera reafirmar la aportación de la obra que presentamos, precisando que esta aportación no sólo está en los valores expositivos y críticos al abordar el papel y lugar de las explicaciones funcionales e intencionales en el materialismo histórico, y al examinar la teoría de la historia de Marx, sino que está también en ser un libro que —como atestigua mi lectura— da qué pensar, hace reflexionar, y de modo especial a los marxistas que necesitan, hoy más que nunca, un marxismo vivo, abierto y crítico.

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

Mario Bunge, *Sistemas sociales y filosofía*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1995, 199 p.

I

Este libro es una presentación clara y concisa de la teoría de los sistemas sociales de Bunge. Los primeros cuatro capítulos presentan el enfoque sistémico en ciencias sociales, los conceptos de sistema, grupo y clase social, así como una discusión metodológica acerca de las definiciones y explicaciones reductivas y mixtas en sociología.

Los restantes seis capítulos contienen discusiones muy interesantes —basadas en el marco teórico introducido en los cuatro primeros capítulos— sobre las políticas sociales, el impacto social de la innovación técnica, la relación de la técnica con la ciencia y la filosofía